



## MISCELÁNEA POLIANA

Revista de prepublicaciones del  
*Instituto de Estudios Filosóficos*  
LEONARDO POLO

SERIE DE FILOSOFÍA, n° 1 (2005)

### LEONARDO POLO, UNIVERSITARIO

#### ANGEL LUIS GONZÁLEZ

Si, aunque sólo fuera por un breve espacio de tiempo, el mundo recobrase la serenidad, sin duda consideraría que el pensamiento filosófico del Prof. Leonardo Polo es una de las mayores y más profundas empresas intelectuales que ha habido en esta segunda mitad del siglo XX, capaz de vivificar los interrogantes metafísicos, gnoseológicos, antropológicos y culturales de la hora presente. Así, de múltiples maneras, lo han puesto de manifiesto más de cincuenta ponencias y comunicaciones leídas en el Congreso Internacional que sobre su pensamiento se ha celebrado recientemente.

Aunque es lo que me gustaría, no es mi cometido aquí y ahora resaltar -ya ha sido hecho- la originalidad de la filosofía poliana. Hilvanaré algunos rasgos más significativos de la personalidad de Polo como universitario. El espíritu o el alma de la universidad no es algo etéreo o fantasmal, sino que se encuentra encarnado o plasmado en quienes son universitarios. D. Leonardo ha sido y es un gran universitario. Lo es, en primer lugar, porque lleva toda su vida dedicado a la Universidad (a la de Navarra, y a otras: Granada, Panamericana de México, La Sabana de Bogotá, Piura de Perú, de la que es Doctor Honoris Causa, etc). En la Universidad de Navarra es uno de los pioneros: es suficiente recordar que la medalla de plata, que le fue entregada en la primera ocasión que se concedieron esas distinciones en nuestra Universidad, figura en su reverso el número que le corresponde en antigüedad: el número 7. A la Facultad de Derecho se incorporó para explicar Derecho Natural, y dos años más tarde, cuando se erigió la Facultad de Filosofía y Letras, fue el primer profesor de Fundamentos de Filosofía e Historia de los sistemas filosóficos; es el primer profesor de nuestra Sección de Filosofía. En un espacio de tiempo tan largo, y a pesar de que son tareas que le atraen menos, ha debido ocupar cargos, que siempre ha desempeñado con afán de colaboración y ayuda a la comunidad académica. Ha sido Director de Estudios de la Facultad de Filosofía y Letras, Director del Departamento de Historia de la filosofía durante muchos años, Director del Programa de Doctorado en Filosofía, que lleva consigo también, entre otras cosas, atender los Programas doctorales que el Departamento de Filosofía, mediante el convenio correspondiente, mantiene con cinco universidades.

Ha impartido lecciones de casi todas las asignaturas filosóficas de los diferentes planes de estudio acaecidos en los últimos cuarenta y cinco años; siempre ha aceptado cuando, por el motivo que fuere, era necesario pedirle que explicara una asignatura en la Facultad de Filosofía o en otras; por ejemplo, en los inicios de la Facultad de Ciencias de la Información, explicó durante los cursos 1975 a 1978 Historia del pensamiento político, económico y social, e incluso, el curso 78-79, Teoría de la Información II. Suele él señalar que por eso ha sido aquí el sobrero. Sin embargo todos somos conscientes de que muy pocas personas -sólo los verdaderos maestros- son capaces de tener esa visión global de los problemas filosóficos que les permita explicar, y de modo brillante, más de una asignatura. Los miles de alumnos que le han escuchado son testigos, quizá en algunos casos recuperados del estupor inicial, de sus planteamientos novedosos, de la profundidad de sus explicaciones, nunca triviales. Por eso, D. Leonardo siempre ha sido un profesor admirado; aunque haya huido de todo lucimiento

personal, siempre ha despertado inquietudes filosóficas; ha enseñado a pensar con rigor, ha sellado con la impronta e inspiración de la verdad a cuantos le han escuchado en sus clases, seminarios y conversaciones, a las que tan aficionados somos los profesionales de la filosofía.

No me resisto a citar aquí un ejemplo publicado hace tres años; en una revista cultural se dedicó el número entero a un colega, director del Departamento de Filosofía de una universidad catalana. Ese colega, cuyos perfiles filosóficos discurren por líneas muy distintas a las de Polo, dejaba así constancia de las deudas contraídas con las personas a las que debía su formación filosófica: "Primero de todo he de nombrar al profesor de segundo curso de Filosofía (asignatura titulada Historia de la Filosofía) que determinó mi decantación por la filosofía. Fue el curso de Leonardo Polo, desarrollado en la Universidad de Pamplona, en donde estuve ese segundo año de carrera, el que me decidió. Pocas veces he sido testigo de un experimento tan extraordinario. La capacidad que tenía Polo (Don Leonardo entre los amigos de entonces) por hacer surgir, en y desde su palabra, como abriéndose paso desde el más oscuro origen, la *palabra* de los principales filósofos (Platón, Aristóteles, Plotino, Spinoza, Kant, Hegel) era algo único, algo de tal calidad y vigor intelectual que la mayoría de los asistentes a ese curso salíamos de la clase como quien sale de la efusión luminosa del "liberado" de la caverna platónica. Nunca, después, he sufrido un impacto igual, de tal intensidad y fuerza. Y hasta hace poco aún repasaba, de vez en cuando, las notas tomadas de ese memorable curso"[\[11\]](#). Muchos son quienes conservan las notas tomadas en clases y seminarios de Polo después de muchos años, lo cual por cierto ha resuelto más de un problema a los responsables de su archivo de publicaciones, a la hora de datar intervenciones, cursos de doctorado, etc.

Algunas apariencias superficiales pueden denotar una cierta arrogancia, quizá producto de su desgarrado castizo ("para mí leer a Hegel es igual de sencillo que leer el Coyote", o "yo hago más de noventa mil actos de conocimiento cada hora"). Pero son eso, apariencias superficiales; y sólo los sofistas clavan su mirada en las apariencias. Si he traído a colación las anteriores frases es para señalar a continuación que la virtud que más admiro en Polo es la humildad intelectual. Es sorprendente su capacidad de escuchar al interlocutor, pues no sólo entiende en profundidad lo que le dice, sino que, por eso mismo, prosigue el pensamiento que se le expone. De ahí que sus respuestas son a veces sorprendentes e inesperadas para quien entra en diálogo con él; aciertan a descubrir aspectos de la cuestión apenas entrevistados por quien pregunta.

Como los grandes maestros, D. Leonardo nunca es repetitivo en la exposición de los temas, lo cual siempre ha sido motivo de admiración en los colegas, discípulos y en quienes siguen su filosofía. Como ha subrayado Posada[\[12\]](#) es propio de su modo de filosofar el considerar cualquier tema siempre *de nuevo*, por así decir, esto es, sin dar por sabido lo sabido. Nunca se queda en un elenco de nociones ya sentadas. Con otras palabras, evita consolidar el saber conseguido. Aunque trate de un asunto elemental, siempre lo piensa -y lo expone- de nuevo, novedosamente; no se detiene en lo ya logrado, tampoco cuando expone el pensamiento de otro autor; siempre procura seguir adelante. De ahí el sorprendente vigor heurístico de su pensamiento, en el que nunca se repite lo ya pensado, sino que se avanza siempre, con pausa y sin precipitaciones, tratando de sacar a la luz, con nitidez, lo tematizado según cada acto intelectual, sin pasar a ejercer otro antes de haber puesto en claro los suficientes matices del tema abierto con el anterior.

De ahí también el que con frecuencia, en conversaciones y diálogos, utilice expresiones como "concentrar la atención", "no tirar la escalera", "¡calma al obrero!", "poco a poco hila la vieja el copo". Sus exposiciones se siguen de una concentración atencional muy enérgica, cuyo despliegue se debe a una dilucidación intrínseca de los temas encontrados, la cual va abriendo paso a la consideración de otros temas. Así sienta la coherencia o compatibilidad de unos con otros. En ese sentido es siempre una exposición estrictamente heurística, que a la vez lleva consigo que los temas queden abiertos.

Lo que alimenta la enseñanza universitaria es la investigación, ha escrito D. Leonardo en algunos de sus escritos sobre la institución universitaria. Por eso siempre ha repetido que la Universidad tiene como producto el saber superior, el cual no es simplemente cuestión de

enseñanza; el saber superior es la cumbre del saber heredado, pero (...) lo heredado nunca está terminado, sino que hay que continuarlo. El saber es incrementable justamente desde su cima. Antes que extenderlo hay que incrementarlo[13]; el incremento del saber superior, lo primario de la universidad, está inexorablemente abierto al futuro. Esa característica del universitario la ha cumplido D. Leonardo en su vida y en su doctrina filosófica.

Con frecuencia se ha descrito su pensamiento como una filosofía siempre abierta, esperanzada y vertida hacia el futuro. "Encontrar la verdad no es terminal, sino que despierta una inspiración"[14]. La inagotabilidad de la verdad impide el estancamiento, el desencanto, el afincarse en el pensamiento débil o la detención exclusiva en miradas retrospectivas a la historia del pensamiento[15]. "El encuentro con la verdad se transforma en un punto de partida. La verdad encontrada dispara un proceso interior porque es una fuente de inspiración que antes la persona no tenía (...). A la sustitución de la motivación por la verdad encontrada puede llamarse enamoramiento. Enamorarse lleva consigo la aparición de actos de homenaje a la verdad, y sólo a ella, que antes no se podían ejercer o expresar de ninguna manera"[16]. Los profesionales de la filosofía nunca agradeceremos suficientemente a Polo sus continuas propuestas de no empequeñecerse, no conformarse con un pensamiento crepuscular, de no desertar de la filosofía. Aunque a él no le gusten los homenajes, la Facultad de Filosofía y Letras debe manifestar su gratitud al profesor, al gran universitario, que ha puesto unos cimientos tan sólidos, y sobre los que de modo inconsciente muchas veces los demás edificamos, cada uno a nuestra manera.

Quien lea con atención los textos de Polo no dejará de descubrir una inspiración hondamente cristiana; él siempre ha sido consciente de que un filósofo no es tan sólo el que ama el saber, sino el que "sirve a la Verdad". Esa ha sido la tarea incansable de D. Leonardo durante sus casi cincuenta años de ejercicio filosófico, siempre con la mira puesta en "dejar bien servida a la Verdad". Por eso, cuando un grupo de discípulos y colaboradores decidimos obsequiarle en este acto con un libro, ponderamos que debía tener dos características: una, que fuera -en la medida de lo posible inteligible por el gran público, y otra que abordara filosóficamente algunos temas, que conciernen al pensar la existencia cristiana. Al final, han salido dos; uno se titula *Sobre la existencia cristiana*, y tiene una introducción larga y excelente del Prof. Fernando Múgica sobre el pensamiento social de Polo. Incluye los extensos comentarios de D. Leonardo sobre las encíclicas sociales de Juan Pablo II, y otros trabajos como *La originalidad de la concepción cristiana de la existencia*, y *Acerca de la plenitud*. El segundo recoge algunos artículos ya publicados en revistas y otros escritos inéditos, con una también excelente introducción de Ricardo Yepes. Se titula este segundo *La persona humana y su crecimiento*. Si tuviera que destacar uno de los diez artículos que componen este libro, señalaría el último, el más largo, titulado *El sentido cristiano del dolor*, escrito en 1966, y que ve ahora la luz por primera vez.

Como ya se ha señalado, hay otros muchos inéditos que están esperando la corrección de los textos orales transcritos. Como es sabido, desde hace años, Polo corrige esas transcripciones que se le van pasando. Es frecuente verle tachando. Por eso suele decirse que "Polo no escribe, sino que tacha". Espero y deseo que la Facultad de Filosofía y Letras pueda garantizar la pequeña infraestructura que es necesaria para llegar a publicar toda su obra inédita.

Quisiera añadir una última idea para cerrar esta intervención de agradecimiento en nombre de la Facultad.

En ocasiones, la filosofía de Polo ha sido llamada una filosofía de la esperanza. De hecho él ha glosado en varias ocasiones las características esenciales de la esperanza y su aplicación a la vida universitaria. La esperanza es lo más firme, el armazón en marcha, lleno de sentido con el que caminamos hacia lo mejor[17]. No podemos instalarnos en el presente, porque estamos en un mundo mejorable; una esperanza no utópica indica que lo mejor está por llegar, en el futuro. Y el futuro siempre está abierto.

Al agradecerle tantas cosas, en nombre de la Facultad, y al referirme a la esperanza, le estamos manifestando que con él compartimos y compartiremos los bienes hacia los que ella nos encamina.

[11] Eugenio Triás, *Autopercepción intelectual*, en *Anthropos*, 4, abril 1993, 27.

[12] 2 Jorge Mario Posada, Notas sobre la filosofía de Leonardo Polo (*pro manuscripto*); a quien sigo en estas ideas sobre su método filosófico.

[13] Son ideas o frases textuales de Leonardo Polo en *El profesor universitario*, Universidad de Piura, 1995.

[14] Leonardo Polo, La verdad como inspiración, en *La persona humana y su crecimiento*, Pamplona 1996, 204.

[15] Cfr. Jorge Mario Posada, *La física de causas en Leonardo Polo*, Pamplona, 1995, 13.

[16] Leonardo Polo, *ibid.*, 198.

[17] Cfr. Leonardo Polo, *Conferencia sobre la Universidad de Navarra (pro manuscripto)*.